

## Con Mi Bici Sigo...

POR ISIDRO MARTÍNEZ

No quiero dejar de contar la ruta que hicimos seis compañeros, con la peña ciclista a la que pertenezco en Vitoria, que denominamos "Pirineos 98". La ruta fue desde el cabo Higuer, en Fuenterrabía (Guipuzcoa), al cabo Creus (Girona).

Al poco de comenzar, pasamos la frontera por Hendaya y nos metemos en el país francés, como si tal cosa, sin ningún problema. Vemos una gran playa y varios pueblos; el más importante San Juan de Luz, que lo vemos de cerca sin meternos en él, aunque parece muy bonito. Respecto a la agricultura, no vimos cosa más destacable que el maíz, muy bien cuidado, por cierto.

Pasamos de nuevo la frontera, después de recorrer 80 km. por Francia, donde nos acompañó un gran grupo de cicloturistas franceses. Nos vemos en Valcarlos, pueblo navarro pirenaico, con los tejados con mucha pendiente. La carretera también se empina -aunque también hay algún descanso- hasta que llega el puerto de Ibañeta y aquí se acabaron los descansos, ya que son 15 km. de subida. Si hasta aquí habíamos tenido llovizna fina, en el puerto una niebla muy cerrada nos impidió seguir contemplando el bonito paisaje. Hasta que, por fin, llegamos al alto muy justitos de fuerzas, pero bajando 2 ó 3 km. estamos en Roncesvalles, donde repusimos fuerzas e hicimos algo de turismo a pie. Vimos una iglesia que yo ya había visitado en otra ocasión; es preciosa, como una pequeña catedral. La colegiata no la pudimos ver por encontrarse en obras. La iglesia de Santiago, cerrada. Al lado está el Silo de Carlomagno o cripta de Sancti Spiritus, donde encontramos a un guía con un grupo al que explicaba que tiene un foso de 12 metros de profundidad donde metían los huesos de los peregrinos que morían en el hospital. Comiendo nos ocurrió una anécdota. El menú resultó muy bien repartido: tres de pasta, tres de pechuga de pollo, tres de alubias, tres de ternera. Lo curioso es que la cena estaba encargada y era pasta y pollo.

Dejamos Roncesvalles y pasamos Burguete, pueblo muy bonito y familiar para los peregrinos que lo visitan. Continuamos y pasamos varios pueblos más hasta que nos encontramos con Abaurrea Alta, que es el pueblo más alto de Navarra, donde hay un puerto que lleva su nombre.

Pasando unos pocos pueblos más, otro puerto llamado Lázaro y, un poco más adelante, Isaba, donde pusimos fin a la etapa. Cenamos el susodicho menú e hicimos la visita de rigor al pueblo, que nos gustó mucho: por cualquier rincón había agua en cantidad y calidad.

La segunda etapa me toca llevar la furgoneta y preparar el avituallamiento de los ciclistas. Pasamos por el valle de Ansó, donde un componente se nos pierde. Al pasar la Foz de Biniés, la vegetación nos tapa la carretera por encima. Más adelante, me despisto yo al comprar el bocata para todos: me retrasé y les hice esperar y pasar algo de hambre en Puente La Reina de Jaca. Más adelante, otro se nos mete por el centro de Jaca y el resto por la circunvalación; también se retrasó un poco al llegar a Biescas, un pueblo muy grande, pero fino, donde comimos y descansamos. Por la tarde, cedí la furgoneta y pedaleo de nuevo. Nos encontramos en el puerto y túnel de Cotesablo. Seguimos pasando pueblos, como Linás de Broto, Viu Broto, Fiscal, Boltaña, etc., valles, montes, algunos con nieve -aunque lejos- ríos, entre otros el Ara, que no me sonaba de nada, pero es impresionante.

Y así llegamos a Ainsa. Parte del pueblo está en lo alto, digamos la parte vieja, que es muy bonita. Tiene una plaza grande, empedrada con canto rodado; al lado, un castillo que no está muy bien cuidado. En la Iglesia, de estilo románico, nos llamó la atención el techo, ya que es la continuación de las paredes acabadas en arco o bóveda de cañón. Bajo el altar mayor hay una cripta; pequeña capilla con columnas y arcos. De este punto parten dos calles también empedradas; para ser claros: una la de los ricos y otra la de los trabajadores. Al estar tan alto, se divisa un paisaje de montes, ríos y el embalse de Mediano, hecho en el río Cinca, al que se le unió el Ara. Dato curioso: en el mencionado Cinca vimos, desde el puente y por la noche, truchas grandes y muchas.

Saliendo de Ainsa vemos un indicador que dice: Plan, veintitantos kilómetros. Seguimos pasando por los pueblos y nos hace gracia el nombre de uno de ellos: La Cabezonada. Siguiendo, pasamos una garganta llamada Congosto del Ventanillo. Impresionante. Aunque tiene mucha vegetación,



Dos Intrépidos aventureros.

hay como una pared de roca, como de cemento, y que se le ven como unas rosas verdes; no sé cómo pueden sobrevivir. Después pasamos por otro pueblo con nombre gracioso: El Run.

Seguimos pedaleando. Otro puerto que nos cruzamos: Fadas. Pero hemos dejado atrás el río Esera, limpio como el sol, el agua y sus orillas. Sin darnos cuenta, nos metemos en la provincia de Lérida, en el pueblo de Vilaller. Parada; fonda no, ya que solamente fue comer a mediodía. Al lado del restaurante está la iglesia, que visitamos. Lo que más nos llamó la atención fue un crucifijo muy grande, hecho con palos sin escuadrar, con la corteza, y con el palo horizontal con un desnivel muy grande.

Partimos de este punto hacia el túnel de Viella. Todo subir. Por aquí nos acompaña el río Noguera Ribargorzana, por no cambiar, como todos, bonito. Después de subir y subir, sin mucha dureza, y cruzar varios túneles, llegamos al tan mencionado túnel de Viella, que está a 1.630 m. de altitud y tiene 5.133 m. de longitud. Nos abrigamos algo, ya que nos habían dicho que había 0°; pero no es así. El túnel tiene en sus bocas unos potentes extractores, está muy bien iluminado y es casi recto su recorrido, por lo que después de haber subido hasta allí, comenzamos a bajar como bólidos. Los cuentakilómetros marcaron hasta 80 y alguno más. Así que en muy poco tiempo nos encontramos en Viella, que, por no cambiar, está muy bien. Se ve que hay buen nivel, pues hay turismo casi todo el año. Seguimos por el valic de Arán hasta Salardú, donde teníamos apalabrado el hospedaje en un albergue juvenil. Todo este recorrido es igual en sus construcciones: tejados negros, pendientes pronunciadas y con muchas ventanas con su correspondiente tejadín. Lo que sí me pareció de sus construcciones son algo oscuras; pero, en fin, muy bonito todo.

En los albergues hay un horario y la cena era muy pronto, por lo que nos dio tiempo después de cenar para ver el pueblo y nos sorprendió la diferencia tan abismal que hay de desnivel de la casa más alta a la más baja. Posiblemente alguna tiene el tejado más bajo que otra la puerta de entrada.

Dejamos Salardú y comenzamos a subir el puerto de La Bonaigua, de primera categoría. Tuvimos niebla en un principio, que nos impidió contemplar el paisaje, pero a medida que subíamos la niebla desapareció y todo va muy bien. Nos presentamos en el puerto de más altitud (2.070 m.), donde vimos dos grandes manadas de ganado: una de vacuno y otra, no muy lejos, de yeguas con sus crías, y, como es lógico, había también una línea de telesilla para ir a la estación de esquí de Baqueira Beret, que se encontraba muy cerca



Octubre del 99. Obras a punto de finalizar.

(por supuesto cerrada, pues era el 25 de junio), pero sí que se veía nieve no muy lejos.

Bajamos de La Bonaigua deprisa y sin riesgos, pero todavía vemos el río Bonaigua. Más adelante, el Noguera-Pallaresa, muy caudaloso y con fuertes corrientes. Había mucha gente con lanchas neumáticas. Cuando bajaban les daba buenos meneos la corriente, algunos volcaban. En un puente de dicho río se tiraban desde muy alto y, a los pocos metros, les esperaban dos personas con una cuerda y un flotador para que se agarrasen y saliesen de nuevo. Y, sin darnos cuenta, llegamos a Sort. En este punto dejamos de ver el río y nos vamos hacia el Puerto del Cantó, con 20 km. de subida. Lo curioso es que vamos siguiendo el recorrido que el día anterior habían hecho los ciclistas en la Volta a Catalunya, pues veíamos botellines que los ciclistas habían dejado al lado de la carretera. Fueron varios días los que íbamos gran parte del recorrido detrás de ellos, pero con un día de retraso. Por este punto el paisaje no es tan vistoso, es más pelado y los pueblos son más humildes. Ya en plena bajada se encuentra Parroquia de Ortó, donde comimos con buen apetito, pues eran más de las tres de la tarde. Nos gustó mucho el pan y nos hizo gracia la ensalada catalana que, además de llevar lechuga y tomate, también llevaba salchichón, jamón, butifarra y creo que algo más. Después de reponer fuerzas, nos dejamos caer y, al poco, nos encontramos en Seo de Urgel, donde teníamos concertado el alojamiento en otro albergue, en el que hay que hacerse la cama el que quiera, ya que las sábanas son opcionales, y la comida, bandeja en mano, se la sirve uno y al final recoger y limpiar la mesa. Y, como se andaba bien de tiempo, pues se paseaba la cena viendo la ciudad en este caso.

Decir también que en casi toda la provincia de Lérida vimos

muchas jardineras hechas con troncos de árbol, con su hueco en el centro para la tierra; en otros tramos del recorrido vimos que la tierra era muy oscura, del color del chocolate normal.

Comenzamos una nueva etapa y, al poco, vemos el río Segre. Éste ya no es como los anteriores, lleva el agua negra. Me ha hecho ilusión el mencionar todos estos ríos, importantes afluentes del Ebro. Cuando estábamos en la escuela lo dábamos teóricamente y en estos momentos lo estamos viendo realmente. Siguiendo la ruta, nos vemos en la Cerdaña, comarca que nos despide de Lérida y nos recibe en la provincia de Gerona. Total que nos vamos hacia el collado de Tosas; otros 20 km. de subida como casi todos estos puertos. Según subíamos, a la derecha, hay una carretera sin puerto, ya que está el túnel del Cadí, que es de peaje. Más a la derecha, veíamos el puerto de la Molina. Hasta este punto subimos 20 km., pero después bajamos 40 km. hasta Ripoll. Aunque no es muy pendiente la bajada, se llevaba la velocidad más larga; todo una gozada. Dejamos Ripoll y nos vamos a San Juan de las Abadesas, un pueblo muy bajo donde vimos un puente muy importante. Después de reponer fuerzas, vimos en un pasco unas farolas muy originales ya que son como un tubo de 10 cm. de grueso y 3 m. de alto y en el extremo de arriba estaba el fluorescente, pero tenían una inclinación tan considerable que, al apoyar nuestras bicis en la farola, daba la impresión de que era la bici la que sujetaba la farola.

Después de esto, me toca la furgoneta. Al poco de comenzar hay otro puerto pequeño, sin tráfico apenas. La vegetación cubre casi la carretera. Es bajada. Muchas curvas. Casi no les puedo seguir. Las cosas que hay en el salpicadero de la furgoneta van de un lado hacia otro. Este tramo acaba y nos volvemos a meter en la N-620 y es en la que más kilómetros hemos recorrido y que es el eje pirenaico. A la entrada de Olot me despisto y me meto en el casco urbano; salgo como puedo y el resto del grupo se había adelantado y me estaban esperando para recibir agua. Al poco rato nos vemos en Figueras, donde es el fin de la etapa y nos espera otro albergue, que fue algo diferente, pues nos mandaron a cenar a un restaurante y ya no tuvimos que andar con la bandeja. En los anteriores albergues no coincidimos con nadie en la habitación, pero aquí en Figueras eran cuatro literas de dos camas y, como éramos seis, tuvimos un inglés de acompañante.

Después dimos una vuelta por la ciudad y vimos el musco Dalí, pero por fuera. Es muy grande y lo que más nos llamó la atención fueron las holas blancas en forma de huevo que tiene en la parte superior. A la hora de acostarse, alguna sábana no estaba en condiciones y un compañero la cambió. Por la mañana del día siguiente, vamos a desayunar en el mismo albergue y la señora pregunta por el papel: si no hay papel, no hay desayuno. El que hacía de tesorero fue por él y ya hubo desayuno. Según nos enteramos, algún pillo se había colado sin pagar.

Comenzamos la minietapa que nos queda con

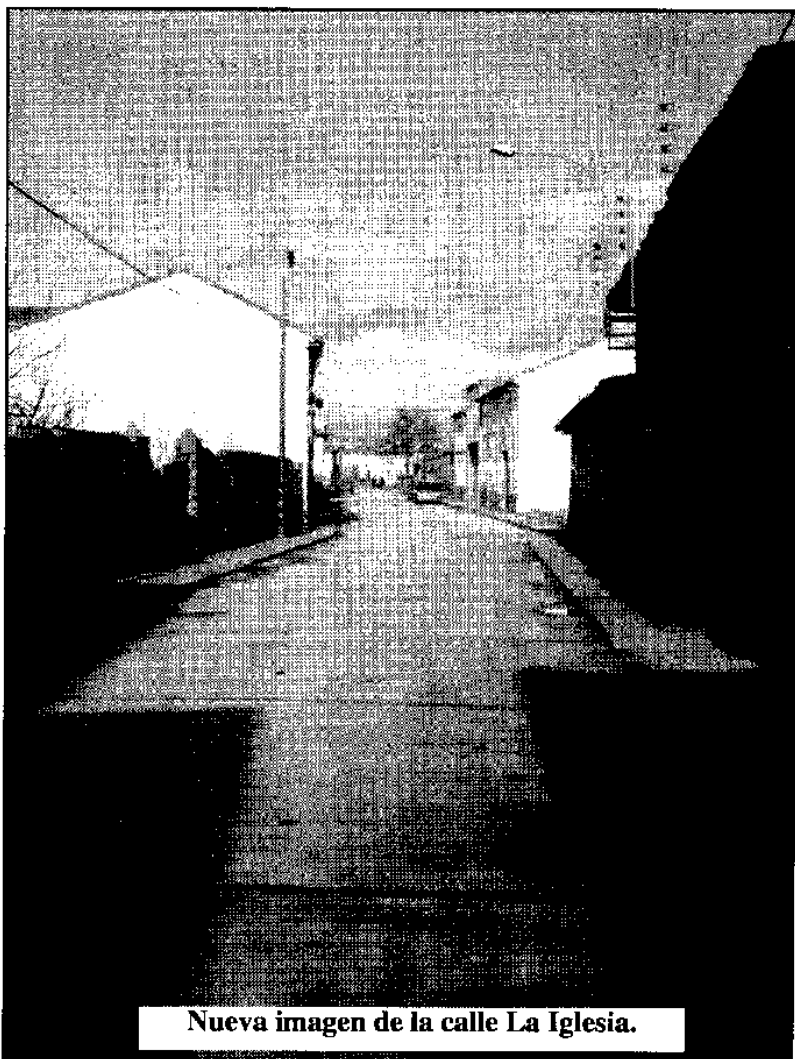
rumbo al cabo Creus. Lo que no esperaba por estos lares es que hubiera olivos; y muchos. Siguiendo, más puerto, aunque pequeño. Ya en la bajada, nos vemos en Cadaqués. Tenemos otra subidita, pero, antes de llegar al cabo Creus, vemos unas calas que dan ganas de meterse, pero no lo hacemos hasta llegar al punto de destino, donde después de ordenar la furgoneta y colocar las bicis -y por supuesto las fotos de rigor- nos vamos a Rosas, a la playa. Los prevenidos llevaban bañador; los menos, que no lo llevábamos, pues con el culote a la mar que nos metemos todos.

Y rumbo para Vitoria. Pero en Igualada paramos a comer y vimos una pelea entre andaluces y catalanes; aunque afortunadamente la sangre no llegó al río, a un par de ellos sí les quedaron señales.

Vivimos unas anécdotas. Por ejemplo, el albergue en catalán se llama 'babergue'. Un cartelito rezaba así: "no trepitjar la gespa"; y no muy lejos otro decía algo así como "coto privado de caça".

Decir que esta ruta ha sido la mejor en todo. Nos fue de maravilla. Pensaba que sería dura, pero no, lo normal. Buen piso, buena climatología, sin percances. Matrícula de honor para el diseñador.

En ese mismo año 98, me ocurrió otra anécdota muy curiosa. Fue en una escapadita a Santander. Sin mayores problemas, me presento en la ciudad cántabra. Lo cual una vez allí, me



Nueva imagen de la calle La Iglesia.

planteo el regreso, ya que para seguir pedaleando hasta Vitoria era demasiado. Miro en RENFE, pero no hay posibilidad; en la estación de autobuses se había marchado un poco antes el que iba a Vitoria; miro para Bilbao y sí que hay, pero que la bici había que empaquetarla, si no, nada de nada. Me pongo a buscar algo con que realizar la faena y, con mucha suerte, encuentro unos cartones que ni pintados para realizar dicho cometido. Me presento con la bici embalada en taquilla y dan de paso la operación. Ya en Bilbao, miro para llegar a Vitoria. No había autobuses, pero un buen chico que me escuchó, me dijo: "mira, en otra estación, hay autobuses para Vitoria cada hora". Me dice que habrá como medio kilómetro; para allá que nos vamos los dos, yo con la bici al hombro, como puedo, muy incómodo, y con las zapatillas de la bici aún más. Al fin llegamos. A mí se me hizo kilómetro y medio, por lo menos. Pero lo curioso llega cuando voy a meter la bici y me dice el conductor: "pero si no hace falta embalarla" ¡...! ¡Con lo bien que hubiera ido montadito en ella...! Pero bueno, en paz llegué a la hora de cenar a Vitoria.

Cumplí un sueño y me saqué la espina del 97. En agosto, nos planteamos mi bici y yo pisar cuatro provincias más: Cáceres, Badajoz, Huelva y Sevilla. Es esta ocasión nos acompaña mi amigo Bernardo, leonés y residente en Vitoria.

Llegamos a Cáceres en autobús, después de viajar toda la noche. Visitamos lo más importante que, por supuesto, nos encantó y, pedaleando vamos a Trujillo, que también nos gustó mucho. Después de hacer algo de turismo, vamos con dirección a Mérida. No nos metemos por la autovía, porque, en algunos tramos, está prohibido para las bicis. Seguimos los indicadores, pasamos una serie de pueblos y ya no vemos ningún indicador a Mérida. Sin mayores problemas, en Almoharín, nos dicen que sigamos y ya nos encontramos la autovía y, sin más, llegamos a Mérida. Pero antes ya vimos algo que mereciera la pena, ya que, de Cáceres a Trujillo, referente a la agricultura, nada de nada; a medida que nos acercábamos a Mérida ya vemos canales con abundante agua, fincas grandes de maíz y de tomates. Curioso: muchos tractores con el remolque de tomates, como en nuestra zona con las patatas. Coincidimos con un chico que tenía un furgón cargado de melones para ir a venderlos a León, por la zona de Villamañán. Terminó la etapa. Reponemos fuerzas, pernoctamos y, al día siguiente, hacemos algo de turismo por la ciudad romana que, por supuesto, mereció la pena.

Dejamos Mérida y nos vamos hacia el Sur. Al poco de comenzar, nos metemos en la Tierra de Barros. Esto ya es otra cosa. Se ve una buena agricultura, muy buenas viñas, olivos, melonares e higueras; por lo que de fruta no pasamos hambre. En Almendralejo, las orillas de la carretera estaban llenas de puestos de venta de melones.

Seguimos. Cruzamos parte de la provincia de Huelva sin nada rescñable y nos presentamos en la provincia de Sevilla. Cuando preguntamos por un lugar donde alojarnos, nos dicen que ya no hay un pueblo hasta cerca de Sevilla, pero que hay unas ventas donde hay tres sitios para poder alojarnos. Y vamos para ese punto. Pero nos encontramos un puerto que no figuraba como tal y tuvimos que meter la marcha más corta para subir, porque era bastante duro; pero, al fin, fue lo único que se nos cruzó.

Ya en las mencionadas ventas, a 36 km. de la capital hispanense, encontramos el lugar para dormir. Cuando nos pregunta una señora de dónde somos y le decimos que de León, nos dice: ¿de qué sitio? Una vez respondido, nos dice que ella es de La Bañeza y que también conocía mucho en Vitoria. Por tal motivo nos perdonó el IVA.

Desde este punto fue muy fácil llegar a Sevilla, pues era casi todo bajar. Lo más significativo fue ver las ruinas de Itálica. Nos juntamos con un grupo de cicloturistas de la tierra y con ellos nos metimos en el corazón de la ciudad. Era media mañana, pero buscamos alojamiento, encerramos las bicis y a hacer turismo libres de todo.

Al día siguiente, metemos las bicis en el autobús y nos llevan a Granada. Nada más bajar del vehículo, nos ofrecen alojamiento -y eso que era media mañana- y lo aceptamos, pues así pudimos dedicarnos a ver algo de lo que teníamos pendiente de anteriores ocasiones, tanto por mi parte como por la de mi compañero. Ya bien descansados al día siguiente, nos vamos por Sierra Nevada camino del pico Veleta, ya con nuestras bicis. Aunque son más de 50 km. de subida, no tiene pendientes de mucho desnivel. En Pradolano, ya sobre los 2.300 m. sobre el nivel del mar, reponemos fuerzas. Llegando a este punto, adelantamos a dos señoritas que iban haciendo una especie de esquí con unas tablas con dos ruedas, pero luego nos sorprendió un joven y nos adelantó en plena subida. Se apoyaban con dos bastones.

Al poco de salir de Pradolano, nos equivocamos y nos vamos hacia un observatorio. Al bajar algo, luego tuvimos que subir el doble. Se nos hizo durísimo. Estuvimos a 2.900 m. de altitud, así que marcha atrás en busca del Veleta. Ya sin pérdida, llegamos a lo más alto, donde vimos muchos montañeros y la mayoría parecían nórdicos o alemanes. Lo más gordo llegó cuando decidimos bajar hacia las Alpujarras después de informarnos. Nos decían que había 8, 10, 12 km. y que se duraba hora y media en bici de montaña. Pero la realidad fueron 35 km. en muy mal estado, sólo para todoterrenos y bicis de montaña, pero como las nuestras son de carretera... Ha sido la mayor barbaridad que hemos hecho con la bici. No se rompieron de milagro, pues no había más que piedras y roca. Se cansaba uno de frenar, ya que la bajada es considerable: de los 3.392 m. del Veleta a los 1.500 m. de Capileira. Pero lo negativo se acabó con sólo un pinchazo. Ya en Capileira, unos chicos onubenses que habían subido al Mulhacén con sus bicis, de montaña claro, nos echaron un cable que no se paga con nada en el mundo y no fue otro que llevarnos en su coche a Granada; lo bueno fue que ya teníamos el billete para regresar a La Bañeza; con lo que todo acabó con lo programado y resultó muy positivo. Y así fue como me saqué la espina que me quedó, cuando en el 97 no pude llegar al Veleta por causa de un nevero.